

ROMANCERO VIEJO

Manuel **MORILLO CABALLERO**

(Ediciones Isla del Gallo, Colección “Textos esenciales”,
Madrid, 2005, 188 páginas.)

El catedrático de instituto don Manuel Morillo Caballero nos edita un breve “romancero viejo”, que -siguiendo la estela de los grandes romancistas que publicaron, en su conjunto, una multiplicidad sin fin de ediciones sobre el romancero antiguo- no desentona con los ya publicados. Se trata de una recolección de textos que provienen, en su mayoría, de fechas tan tempranas como las de finales del Medievo. Sus predecesores, por orden cronológico, serían autores de gran prestigio y de una talla crítica enorme: Agustín Durán con su *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII* (1849-1951), Wolf y Hofmann con su *Primavera y flor de romances* (1856), ampliada por Marcelino Menéndez Pelayo por medio de su *Apéndice y Suplemento...* (1945), Ramón Menéndez Pidal –fundamental es su *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas (español-portugués-catalán-sefardí)* (1957-1985) en doce volúmenes, y emblemática es la *Flor nueva de romances viejos* (1928)-, entre otros. Nombres que desde nuestra posición actual nos producen el vértigo de la genialidad y de la erudición. Pero no por ello intocables, como lo demuestra la multitud de ediciones y reediciones que han salido a la luz recientemente sobre el “romancero viejo”, como las de Manuel Alvar (1971), Giuseppe di Stefano (1973, 1993), Mercedes Díaz Roig (1976, 1989), Michelle Débax (1982), García de Enterría (1987), Rodríguez Puértolas (1992), Pedro M. Piñero (1999) y Paloma Díaz-Mas (2005) –reedición de su *Romancero* de 1994-. La lista

podría ser interminable. Pero el hecho de que se hayan publicados tantos romanceros no desfigura al romancero de Manuel Morillo Caballero, ni mucho menos.

La obra comienza, como buen romancero, por un relativamente extenso “Prólogo” del autor sobre cuestiones históricas, literarias y evolutivas del romancero desde finales de la Edad Media y comienzos del Renacimiento en España, hasta los últimos testimonios del romancero oral moderno. En este prólogo aparece una definición de lo que es un romance, que para el autor son unos “poemas formados por una serie ilimitada de versos octosílabos en la que riman en asonante los versos pares y quedan libres los impares”, definición formal ésta que no olvida que el romance no sólo es una estructura poética sino que está compuesta también por la música y el baile, elementos consustanciales e inseparables del texto romancístico en su medio natural. Porque el romancero nació y evolucionó, como muy bien nos dice el autor, con la única y primordial finalidad lúdica del entretenimiento y la diversión, para hacer más ligero el trabajo individual o en grupo, con utilidad festiva o de devoción en los romances religiosos. Nos decía Menéndez Pidal en la citada *Flor nueva de romances viejos* (1982: 9), que los romances son poemas de carácter épico-lírico y, por tanto, narrativos. Los romances nos cuentan historias que nos conmueven y nos resultan inquietantemente atractivos, de ahí la antigüedad y, a la vez, modernidad de este género romancístico que ha contribuido a su supervivencia oral en el devenir de los siglos.

También nos presenta el contexto histórico y la evolución del romancero desde su concepción de “viejo”, pasando por los romances “antiguos” y los “cronísticos o eruditos”, hasta llegar a los romances de la “tradición oral moderna”. Luego habla de los romances de creación culta en el epígrafe “El “romancero nuevo”” (es decir, los creados por Cervantes, Lope de Vega, Góngora o Quevedo, entre otros autores), de los romances de creación popular en “El ‘romancero vulgar’” y finaliza con los romances “artísticos”, de creación culta más reciente (citando a Federico García Lorca, Rafael Alberti, los hermanos Machado, Unamuno, Rubén Darío, Jovellanos, Quintana, etc.). Asimismo nos habla de las distintas teorías del origen del

romancero, desde los románticos hasta la época actual, a través del magisterio de Menéndez Pidal.

En la “Cronología de los romances” el autor parece confundir los romances fronterizos con los moriscos, teniendo en cuenta que los primeros se componen en fechas cercanas a la finalización de la Reconquista -cuando el moro representaba aún un peligro para los castellanos-, y las historias contadas en ellos son más o menos realistas que en algunas ocasiones se sustentan en hechos ocurridos realmente y cantados al calor de los acontecimientos que ellos narran; mientras que los romances moriscos son más tardíos, ya en fechas avanzadas del Renacimiento, en donde se produce una idealización del moro, la maurofilia característica de estos romances tardíos. Finalmente, nos propone dos clasificaciones: la primera en tres clases de romances (romances históricos, literarios y de aventuras) basada en la de William J. Entwistle (1939) en romances históricos, épicos y legendarios y de aventuras o novelescos; y la otra, tomada a su vez de la seguida por Menéndez Pidal para su Archivo del Romancero Hispánico en: romances de temas carolingios, de temas bretones, histórico-nacionales (en donde incluye los fronterizos), moriscos, sobre temas de la antigüedad, novelescos y religiosos. Y muy brevemente, nos habla de la lengua, el estilo y la tradicionalidad en el romancero, acompañada de una bibliografía subdividida a su vez en dos partes (Textos y Estudios), dependiendo de si se trata de pliegos originales y colecciones de romances o de obras de crítica literaria, con unos interesantes comentarios sobre cada una de estas últimas.

La “Selección de romances viejos” que nos presenta el autor parte de la división pidaliana antes citada, pero en cinco bloques únicamente. Comienza con una muestra de “romances novelescos”: *Romance de una gentil dama y un rústico pastor*, *Romance de Catalina*, *Las señas del esposo*, *Romance de la Infantina*, etc. Incluye en este subgrupo romances de cautivos: *Romance del cautivo cristiano*. El segundo bloque lo dedica a los “romances sobre temas franceses: Carlomagno y su corte”, como pueden ser: *Romance que dice ‘Domingo era de Ramos’*, *Romance de Durandarte*, *Romance de ¡Oh Belerma!*, *Romance de Montesinos*, entre otros. A continuación incluye la exigua colección de “romances del ciclo bretón: El rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda”, con: *Romance de*

Lanzarote, Lanzarote y el ciervo del pie blanco y Tristán e Iseo. El bloque cuarto es el más extenso de todos, obviamente, ya que trata de los “romances sobre temas históricos españoles”, segmentada en los distintos ciclos en que se divide nuestro romancero de origen épico-histórico, en algunos casos con títulos muy acertados y sugestivos: “Don Rodrigo y la pérdida de España”, “Bernardo del Carpio”, “Fernán González y la independencia de Castilla”, “Los infantes de Lara”, “El Cid y su época”, “Ramiro II de Aragón y la campana de Huesca”, “Fernando IV el Emplazado”, “Inés de Castro: reinar antes de morir”, “Pedro I y los conflictos del siglo XIV”, “Alfonso V el Magnánimo y su política napolitana” y “Romances fronterizos. La toma de Granada”. Finalmente, la obra acaba con una breve colección de “romances de la tradición oral moderna”, textos recogidos en distintos lugares del mundo hispánico (Chile, Asturias, Estados Unidos, Islas Canarias, Argentina, Grecia,...): *La dama y el pastor*, *El veneno de Moriana*, *Romance del Bernal Francés*, *Romance del Conde Olinos*, etc. Aunque estos cinco bloques presentan un estadio bastante completo de los distintos subgéneros del romancero tradicional, parece quedar un hueco vacío al no incluir romances de asunto bíblico, religioso o de la Antigüedad, para redondear totalmente la estructuración de este libro.

En total, el autor nos presenta setenta y cinco romances de hondo sabor antiguo y de vieja raigambre tradicional, en un recorrido por todas las épocas y etapas de la historia española, por la mitología y la simbología occidental, por el conjunto de motivos y temas del romancero tradicional, en un alarde descriptivo y original que hace a cada romance, con comentarios realizados bajo la precisión de relojería suiza en cuanto a nombres, fechas, datos y obras vinculadas en mayor o menor medida con el romance estudiado. La originalidad del *Romancero viejo* de Morillo no está en los textos que presentan (una breve muestra del romancero tradicional hispánico), ni en el estudio exhaustivo y pormenorizado de los mismos, sino en conseguir dotar de una amplísima visión del mundo del romancero de una forma breve, concisa y equilibrada, pero rica y cautivadora. Sus comentarios y descripciones –que nunca alcanzan la amplitud de los romanceros de Di Stefano, Débax o Díaz-Mas- nos embelesan maravillosamente en la inmersión de un mundo entre el mito, la leyenda y la historia real, y se convierten en un verdadero placer gracias a la amenidad conseguida

de su escritura y a la fusión que logra alcanzar entre su prosa y el verso del romance, que para nada desentonan. En fin, estamos ante un libro que no innova, pero que deleita y entretiene; breve, pero pleno de condensación y de erudición; un libro que apasiona simplemente por la materia tratada: la de ese romancero tradicional hispánico atemporal y eterno que tan altos y magníficos frutos ha dado a la literatura española universal.

Andrés Monroy Caballero
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria